

Carta del poeta Ruben Bonifaz Nuño, leída en la sala Manuel M. Ponce, Palacio De Bellas Artes.

Querida y admirada Iliana Godoy:

Ya que no me ha sido posible acompañarla en persona en la presentación de su *Mástil en tierra*, le ruego que me permita hacerlo por medio de estas palabras.

El gozo que me causó la lectura de aquel libro suyo publicado en libros del Fakir, (Interregno, 1985) y que usted tuvo la generosidad de regalarme, se ha confirmado y ha crecido con la de éste, a la vez tan carnal y marino, tan espiritual y terrestre donde cada verso, como usted dice que son las olas, es constante edificación.

Enemigo y oscuro es este mundo que nos vuelve tan difícil la vida.

Usted lo sabe bien, y lo enfrenta con la valentía natural que usted llama impudicia de la juventud y que yo llamaría heroísmo del amor.

Si, ciertamente cada fruto supone el antecedente de una corola devorada en las tinieblas, ferocidad del fruto. Pero usted nos hace sentir que ese fruto es, en última instancia, una victoria del placer sobre la muerte, del amor sobre el odio.

Fugaz es el deseo, semejante a la espuma florecida en aguas insomnes; pero como esa misma espuma, se renueva sin tregua, construye esa suerte de raíz aérea donde la existencia humana encuentra su mejor justificación.

Sostenida por ese deseo, la vida asciende y se sostiene en las cumbres ávidas del amor.

Poco importa entonces, es otra de las enseñanzas que se contienen en sus versos, que el tiempo nos haya invadido con sus venenos, que nos amenace para siempre con ellos, si en el deleite de renovados nacimientos, en ese "tumulto embrionario" que somos por dentro, encontramos el antídoto por cuya presencia conquistamos algo como un parpadeo de eternidad.

El placer y el amor, pues, nos dan a la vez el timón y el faro que nos guían.

Sin duda, la navegación hacia ese faro ha de consumarse a través de riesgosas mareas; pero usted nos ilustra: un solo paso que se avance hacia él es suficiente para, a lo menos, soñar en alcanzarlo.

Y por último, la lección mayor, la que, para mí, ilumina el conjunto de su libro: la de la libertad.

"Nada debo" nos dice usted; es por tanto libre de morir, y esa libertad de morir le otorga, por sí sola, la máxima libertad en la vida, que, a salvo del temor a la muerte, se le entrega y se le abre en abanico de rumbos sin término, en muchedumbre de "mares no surcados" que se extienden propicios ante su ansiedad constante, ante ese amor que usted nos muestra como obligatoriamente perpetuo.

Reciba usted, Iliana un abrazo que le lleva lo mas cordial de mi admiración y afecto.